

# Convencimiento y presión o testimonialismo y eficacia

José María Berro  
Sindicalista

**E**n un proceso que se acelera, la flojera y la pasividad social va impregnando todos los ámbitos del quehacer, retroalimentándose. Una de sus manifestaciones se da en el actuar social que, cada día más, renuncia a la presión real que obligue a la consecución de los objetivos por los que ese actuar se plantea, para acomodarse al camino más fácil del testimonialismo.

Quisiera recordar algunas de las últimas actuaciones en las que, seguramente, hemos participado muchos de los lectores de Acontecimiento, y que se van quedando en esa forma de testimonialismo que renuncia (o casi) de antemano a los objetivos marcados:

- Hace unos años hubo una recogida de firmas para promover una Iniciativa Legislativa Popular (ILP) por las 35 horas y el salario social. La campaña se culminó con una manifestación en Madrid y la presentación de las firmas y el debate de la iniciativa en un Parlamento vacío. Ahí murió sin que las 35 horas ni el salario social se obtuvieran.
- Durante este año hemos promovido un referéndum por la abolición de la deuda externa de los países empobrecidos, se han recogido más de un millón

de votos favorables pero, posteriormente, la gestión de esos votos está siendo pobre y su peso va diluyéndose. No es un tema acabado, pero...

- También durante este año al producirse los sucesos de El Egido, en muchas ciudades, a posteriori, convocamos manifestaciones de repulsa cuya utilidad para los inmigrantes de El Egido era más que dudosa, y que no fueron capaces de ir a más, pese a que los problemas de los afectados rebrotaron en formas no tan violentas y espectaculares pero no menos profundas.

Habría muchos más ejemplos. Casi todas las actuaciones sociales que se producen adolecen de esa flojera que abre un abismo entre los objetivos que se dicen perseguir y los medios que desarrollamos para conseguirlos. Estamos, en alguna medida, moviéndonos en una especie de sentimentalismo bienintencionado y nuestras respuestas están más dirigidas a responder a ese sentimentalismo que a corregir las situaciones que lo provocan. Estamos solicitando y recogiendo adhesiones «suaves», típicas de ese sentimentalismo, pero sin hacerlas llegar a otro tipo de

actuaciones con capacidad operativa. Actuamos guiados por mantener nuestra buena conciencia de «personas con sensibilidad social», pero no tanto acuciados por los problemas que decimos querer resolver. Por último, se está produciendo una especie de sometimiento de nuestra actuación al mundo mediático en el que nos movemos; en demasiadas ocasiones la finalidad más directa de nuestra actuación es la de que quede recogida en la prensa, convencidos acertadamente de que no existe aquello de lo que la prensa no habla, pero sin darnos cuenta de que no es suficiente el que la prensa hable para que algo en realidad exista.

Es cierto que ese nuestro actuar viene determinado por una limitación objetiva que nos viene dada por el marco social en que nos desenvolvemos, que no da para más, pero también es cierto que en los sectores socialmente más activos va calando una especie de acomodación a esa limitación, justificada en la razón de que la tarea social es de convicción y a largo plazo (algo que hoy es muy cuestionable) pero que nos reduce a ese testimonialismo bonachón, muy lejano de la búsqueda de operatividad y del convertirse en

factor de agente social. El marco social y nuestra actuación en él van mutuamente adaptándose en un camino de retroceso y pérdida de exigencia.

Está también ligado a la imagen que este sector socialmente activo va desarrollando de sí mismo y en la que va quedando atrapada. Hoy la actuación social tiene un cierto grado de reconocimiento siempre que no traspase el testimonialismo y no interfiera e incomode a lo existente (no sólo al poder sino también al *stablishment* social en el que todos estamos inmersos). El reconocimiento social, rodeado de cierta aureola de desprendimiento y altruismo que acompaña al individuo socialmente activo, se pierde cuando la actuación entra en un grado de enfrentamiento al poder, que es siempre un enfrentamiento a lo existente y al conjunto de la sociedad que lo sustenta y participa de él. En ese momento ese individuo pasa a ser incómodo, molesto y no bien visto, y eso cuesta, es más fácil y tentador el mantenimiento del reconocimiento.

No se trata de abogar por la renuncia a la tarea de convicción y de suscitar esa adhesión posible en cada momento, aunque sea blanda y testimonial. Sí se trata de que el sector socialmente activo (las 10 o 20.000 personas que son las que hacen posible las recogidas de firmas o la celebración del referéndum o el desarrollo de las manifestaciones de repulsa a los sucesos de El Egido) no puede conformarse a la ausencia de operatividad, a que las cosas caminen por los derroteros preestablecidos sin una mayor exigencia por su parte, sin un esfuerzo por jugar todas sus bazas y hacer todo lo que esté en su mano por modificar la actual realidad.

Recuperar la operatividad pasa en algunos casos por la actuación en el momento oportuno, y siempre por buscar las formas en que el problema social que tratamos de resolver se convierta en presión,

en un problema para quien puede y debe resolverlo.

En algunos casos el tema del tiempo es crucial. En sucesos que nos vienen dados, como los de El Egido, es fundamental la actuación inmediata y urgente si queremos que realmente sirva para el problema que está planteado. Los sucesos de El Egido estallan como problema en un momento concreto, y se «solucionan» en un periodo de tiempo relativamente breve (el que el Poder necesita para hacer de ese problema algo rentable a sus intereses) y de la solución que se alcance en ese momento dependerá la nueva situación que quede establecida. Las manifestaciones que se convocaron en la mayoría de capitales de provincias 20 o 30 días después, tuvieron poca incidencia en la solución alcanzada y sirvieron de poca ayuda a los inmigrantes en el momento en que estaban atravesando una situación durísima. Ese quedar fuera de plazo es una de las formas de reducción a testimonialismo y de pérdida de operatividad.

Si esas 10 o 20.000 personas activas que hicieron posible la convocatoria de las manifestaciones ciudadanas, se hubieran dedicado en el momento inicial a hacer que el problema que estaban viviendo los inmigrantes en El Egido estallase como problema y presión al Poder que debía resolverlo, sí hubiera sido eficaz para los inmigrantes y hubiera empujado a una «solución» más favorable a sus intereses. 10 o 20.000 personas activas es un número suficiente para promover inmediatamente otro tipo de actuaciones (ocupaciones de los Departamentos de Trabajo o de Inmigración, u otras del tipo más acertado en cada sitio y con el grado de fuerza o virulencia que en cada momento y lugar fuera posible) que se convirtieran en presión de cara a urgir del poder político, en este caso, esa solución inmediata y más favorable. Tiem-

po hay posteriormente para promover manifestaciones, hacer la tarea de convicción y buscar la adhesión ciudadana más o menos convencida y menos o más testimonial.

Es cierto que esas otras actuaciones u otras de índole similar, sobre las que no existe un consenso social, ponen en entredicho nuestra imagen, nos llevan a no caer bien a todo el mundo, a recibir un trato menos favorable en los medios de comunicación, a que la Administración se repiense las subvenciones e incluso a que la vecina, que tan amablemente nos recibía cuando íbamos a recabar su firma para una causa noble, va a empezar a sospechar de nosotros. Es cierto, además, que eso redundaba en una dificultad para emprender la otra tarea de convencimiento y búsqueda de adhesión social. Pero, sobre todo, es cierto que si hay que tratar de encontrar un equilibrio entre esas dos fases del actuar social, en la actualidad ese equilibrio hace tiempo que se ha roto a favor del testimonialismo inoperante, lo socialmente correcto y consensuadamente admitido, el trabajo de convencimiento y de largo plazo (tan largo que nunca es su momento) y que todo ello nos conduce a una especie de tolerantismo que convive demasiado cómodamente con las situaciones de injusticia más descarnada y que supone una renuncia a la incidencia en las situaciones sociales reales. En definitiva, renunciamos a actuar sobre la realidad justificando esa renuncia en una supuesta actuación sobre las conciencias, pero engañándonos en esa apuesta más cómoda, dado que la realidad configura las conciencias de una forma mucho más decisiva que todas las prédicas y razonamientos. Dicho de otra forma: tan cierto es que nuestra actuación no puede soltar amarras que la despreocupen de la mayoría social, como que no puede quedar amarrada a

ella; nuestro afán para adherir a una determinada causa a la mayoría social no puede conseguirse a costa de la renuncia a la operatividad para esa causa.

En otros casos no es fundamentalmente un problema de urgencia y de adecuación en el tiempo sino de métodos de actuación. ¿Qué pasa cuando se han recogido 800.000 firmas por las 35 horas y el salario social, 1.000.000 de votos por la abolición de la deuda, 700.000 adhesiones a un manifiesto contra las Empresas de Trabajo Temporal (ETTs) ...? ¿Qué hacer cuando todas esas adhesiones un poco pasivas son, lógicamente, ninguneadas y las cosas siguen igual que estaban? ¿Volvemos a emprender una nueva campaña de recogida de adhesiones similares por iguales o similares temas?

Hoy la actuación social adolece de una deficiencias considerables en métodos de actuación y de presión y este es un terreno muy duro y difícil, tanto que es la deficiencia más importante y la que pone los límites a las posibilidades de esa actuación. Hoy es muy sencillo encontrar objetivos justos y abogar por causas nobles y dignas de ser defendidas, lo complicado es buscar los métodos de actuación que hagan de puente para convertir esos objetivos en realidades.

El problema no es que existan dificultades, el problema es que éstas no se encaren y hoy la minoría socialmente activa no está encarando las dificultades de la consecución de operatividad en el actuar social, sino que se está refugiando en los terrenos más fáciles de la ética, de lo que debiera ser, del razonamiento.

Encarar el problema de la operatividad del actuar social es encarar el problema de las formas de enfrentamiento al Poder y a lo predominante, de las formas de desarrollo de nuestra capacidad de presión, no simbólica y testimo-



nial, sino real y operativa. En la actual situación de debilidad social es, en la mayoría de ocasiones, muy difícil alcanzar los objetivos que nos proponemos o corregir totalmente las situaciones a las que nos oponemos, pero siempre es posible hacer que esas situaciones tengan un costo o paguen un precio; sólo si conseguimos que esas situaciones de injusticia salgan «caras» (en términos económicos o políticos) a quien las provoca o las posibilita conseguiremos frenarlas, y sólo acabaremos con ellas cuando ese costo que seamos capaces de hacer pagar sea superior al beneficio que sacan de esas situaciones.

Hay que ser consciente de que éste es un terreno realmente peligroso, porque el enfrentamiento produce algún grado de homologación con el enemigo al que nos enfrentamos y es un terreno en el que no todo es válido, ni toda forma de presión conduce de por sí a los objetivos deseados. No cabe duda que la capacidad de presión es capacidad de «violentar», no deja de ser una forma de «poder»

y no es absolutamente ajena a la fuerza y la «violencia», en la forma que sea.

Pero la conciencia de esos riesgos y aun de la existencia de esas barreras intraspasables a las que vamos a acercarnos no pueden conducirnos a la pasividad o a la renuncia a la operatividad, sino que se convierte en una exigencia doble: la de ir ensayando, en cada momento y circunstancia, métodos de presión que tengan operatividad y que no se dejen atrapar por los riesgos de que hablamos. Lo que no vale es dejar que se vaya cerrando el círculo entre un marco social cada día más pasivo y ambiguo (más atrapado por el poder) y una actuación social más débil e inoperante.

Tendría, además, este aspecto que he tratado de comentar implicaciones en el plano de las fórmulas organizativas que adoptamos. Existe una gran relación entre la actuación y las formas organizativas de que nos dotamos para desarrollarlas. Pero ese es otro aspecto del tema que alargaría demasiado el presente comentario.